

El sexo de la historia

Isabel Morant 1

¿Por qué no añadir un suplemento a La historia, bautizándola, por supuesto, con un nombre poco llamativo de modo que Las mujeres puedan figurar en ella decorosamente?

Virginia WOOLF

Una habitación propia

Un título como éste probablemente despierte mejor que otros la curiosidad de los lectores. A los historiadores nos están permitidas ahora ciertas licencias literarias si éstas acompañan a algunos temas novedosos que pretenden ser atractivos. No es ésta mi intención ni son éstas las razones de poner un título semejante a unas páginas que pretenden ser un recorrido por la Historia de las Mujeres, un relato particular y vivido sobre los orígenes de una práctica peculiar de hacer historia que se ha consolidado en los últimos veinte años.

«El sexo de la Historia» quiere partir de una paradoja. Aquella que se pone de manifiesto cuando ponemos en relación dos hechos. El primero, el que las mujeres, en todos los tiempos, han sido consideradas como «el sexo», pensado como perteneciente a ellas en mayor medida que la masculinidad lo ha sido para los hombres. La historia, la filosofía, la literatura, el saber de todos los tiempos las ha

1 En reconocimiento a mis amigas del feminismo de los años setenta, porque fue juntas que comenzamos a pensar las cosas de las que aquí se trata.

tratado profusamente y las ha presentado marcadas, esculpidas por su sexo con unas improntas tan propias e indelebles que hablar de ellas era hacerlo de lo que pertenece al sexo. En contrapartida, y aquí está la paradoja, este sexo tan «patente», tan considerado, del que tanto se había escrito, del que todo el mundo sabe algo, ha tenido una muy pobre historia o no ha tenido ninguna. Pensar el sexo no ha sido una necesidad para la historiografía actual, a pesar de que el sexo ha sido tantas y tantas veces nombrado y usado. Las diferencias sexuales se presentan a los ojos de las ciencias como hechos naturales sobre los cuales éstas imaginan mal la historia. Como ha indicado Genevieve Fraisse, la filosofía actual no ha realizado la tarea de conceptualizar la diferencia de los sexos y ésta no tiene ni siquiera «filosofema» 2.

La pregunta que aún hoy se hacen nuestros investigadores es si realmente se puede hacer historia a partir de pensar las diferencias sexuales y, si se hace, como parece que ha sucedido, qué tienen ellos que ver con esta historiografía que ha activado el sexo para la historia. En 1949, Simone de Beauvoir había escrito un libro de temática novedosa sobre la cuestión de los sexos. Se trataba de pensar el origen histórico y las referencias culturales que, según ella, habían estado en la base de la identidad diferencial femenina. Se trataba de pensar cómo se había construido para las mujeres lo que De Beauvoir consideraba, desde la filosofía existencialista, «un segundo sexo», dependiente de aquel otro trascendente que era el de varón. Es sabido que el proyecto de Beauvoir venía a romper un silencio, a generar dudas sobre la «naturalidad» de las cosas de los sexos. El libro, en términos generales, fue muy mal acogido en Francia, tal como ella contó, años más tarde, en sus memorias. Casi nadie parecía entender por qué había escrito aquella obra, por qué había removido las aguas tranquilas de la identidad femenina. La intelectualidad conservadora no se lo perdonó nunca y la trató con la grosería que merecen las mujeres que no hacen honor a su sexo. Por supuesto que no leyeron el libro. Muchos fueron los que resolvieron entonces que todo se debía a un «malestar» particular de la escritora, que, como era sabido, no se decidía a vivir el matrimonio y la maternidad como era habitual en las demás mujeres. Ella conocía estos comentarios y no se sorpren-

2 FRAISSE. Genevieve, «La différence des sexes, une différence historique», en *Actes du colloque «L'Exercice du savoir de la dijJéréfle des sexes»*, París, 1991.

día porque venían del lado conservador. Aunque, según confiesa, no esperaba reacciones tan violentas ³. Más desconcertada la dejaba el hecho que desde la vertiente progresista se comprendiese mal su proyecto intelectual de abordar críticamente una evidencia: la de que la mujer ha estado sometida a lo largo de los tiempos y la de que ha llevado adelante funciones específicas adjudicadas a su sexo, manteniendo con el otro sexo relaciones de sometimiento y de dependencia ⁴. Pasado el escándalo, el libro fue olvidado y las mujeres parecían vivir tranquilas con su sexo o, al menos, nada se decía en voz alta. La ilusión parecía, por entonces, bien fundada. Estas son las mismas palabras que actualmente utiliza Pierre Bourdieu, para quien la «di-visión» del mundo basada en referencias a «las diferencias biológicas, y sobre todo a las que se refieren a la división del trabajo de procreación y reproducción, actúa como la mejor fundada de las ilusiones colectivas» ⁵. Ilusión colectiva que, sin embargo, ha dejado un rastro de acción bien visible, que permite decir a Godelier que

no es la sexualidad la que obsesiona a la sociedad, sino la sociedad la que obsesiona a la sexualidad del cuerpo. Las diferencias relativas al sexo entre los cuerpos son evocadas continuamente como testimonios de relaciones y fenómenos sociales que nada tienen que ver con la sexualidad. Y no sólo como testimonio de, sino también como testimonio para; en otras palabras, como legitimación ⁶.

Volviendo a Simone de Beauvoir, podemos recordar que había sacado a la luz un problema político, el de la situación social de las mu-

³ No podemos saber si también se hubiera sorprendido de los recientes comentarios de Levi-Strauss. En un libro de entrevistas, que puede considerarse como una memoria intelectual del antropólogo, al referirse éste al conocimiento que tuvo de S. de Beauvoir, afirma que la conoció escasamente, pero que recuerda que habiéndola invitado un día a comer en su casa y mostrándole a su hijo recién nacido, ella no manifestó ninguna especial satisfacción ante la criatura, sino más bien cierta indiferencia. La referencia proviene del libro de LEVI-STRAUSS, Claude, y de EmBoN, Didier, *De près et de loin*, París, 1988.

⁴ BEAUVOIR, Simone de, *La plenitud de la vida*, Barcelona, 1961. La versión original francesa es de 1960 (*La force de l'âge*, París).

⁵ Citado por SCOTT, Joan W., «El género: una categoría útil para el análisis histórico», en AMELANG, J., y NAS, M., *Historia y género*, Valencia, 1990, p. 48.

⁶ La cita proviene de la misma fuente que la utilizada en la nota 4. Como se deduce de las citaciones, generadas a partir de distintas ramas de las ciencias sociales, la ilusión comienza ahora a perder su fundamento, el sexo, y las diferencias parecen ser culturales e históricas y pueden, por tanto, ser analizadas por y para la historia.

jeros. Un asunto **que**, aunque afectaba a las mujeres, debía de ser pensado por hombres y mujeres **igualmente**, en el marco de una teoría **progresista**, en la medida en que era una cuestión social que debía resolverse a partir de las prácticas políticas en las que estaban comprometidos ella y sus amigos de la izquierda. Pero a finales de los años sesenta, cuando la cuestión de las mujeres se vuelva a poner sobre el tapete, las cosas acabaron sucediendo de un modo distinto al que ella había planteado. Ni la política ni la teoría de la izquierda parecían poder resolver aquellos problemas. La cuestión femenina seguía siendo una cuestión extraña y los intentos por resolver en común los problemas teóricos y prácticos acabaron en fracaso. El resultado del desencuentro sería el de que las mujeres comenzasen a alejarse de las formaciones políticas al uso y a pensar por su cuenta. Las mujeres empezaron a actuar como colectivo política e intelectualmente independiente de los hombres y establecieron una relación nueva entre experiencia existencial, empeño político y reflexión intelectual. La «diferencia sexual», que fundamentaba la solidaridad política del **grupo**, desembocaría así en la producción de nuevos objetos de estudio a partir de los cuales se podría producir respuestas sobre las formas de marginación ahora desveladas. Las mujeres implicadas juzgaban interesante entonces el separatismo teórico y político, lo creían necesario para pensar con libertad por fuera de las coacciones y de las rigideces que consideraban manifiestas en las ciencias sociales. Esta actitud las aislaba ciertamente de los debates intelectuales y políticos habituales, pero les ahorra también el esfuerzo de combatir la resistencia que se deba en estos círculos y que crecía significativamente a medida que el feminismo levantaba su voz. La situación creada era una mezcla de **perplejidad**, de inocencia teórica y de falta de instituciones que debían aún de desarrollarse.

En la dinámica impulsada por este proceso, la historiografía quedó **interpelada**, desde fuera, por las mujeres feministas y, desde dentro, por las feministas historiadoras. La marginación que denunciaban se reproducía en los textos de historia. Allí no estaban las mujeres, casi ninguna de las que en el pasado había tenido el sexo de la marginación había dejado su huella en los libros de historia. Las mujeres no tenían ni siquiera el relato de esa marginación en sus orígenes. El colectivo de mujeres demandaba una historia **y**, al decir aquello en voz alta, se tenía sólo una vaga conciencia de cuál debía de ser aquella historia, de qué objeto-sujeto se trataba. En cambio, se sabía

bien y se marcaba el objeto político de aquella historia. Haciendo memoria y reconocimiento de las mujeres del pasado se quería vindicar presencia y reconocimiento para su existencia presente. De tal modo que el objeto-sujeto primario de estudio debía de constituirse alrededor de los temas y las preguntas que eran interesantes y útiles para el nuevo movimiento de mujeres. Voluntarismo político e intelectual serían el ingrediente fundacional de aquella historia, que había comenzado de espaldas al mundo académico, indiferente a no ser por la presencia de historiadoras profesionales en los colectivos que empezaron a discutir respecto de cómo hacer aquella historia. En contra de lo que se ha dicho sobre el componente exclusivamente político de aquella historia, hay que matizar que, desde el inicio, sus practicantes más cualificadas quisieron que no fuera «cualquier historia». Las historiadoras profesionales, en su mayor parte, buscaron trabajar competentemente aquel nuevo objeto-sujeto histórico, que no era sino un vago proyecto.

En el camino recorrido hubo un desencuentro inicial con la historiografía establecida, un silencio indiferente y expectante por parte de los historiadores. Arlette Fargue señaló la historia de este desencuentro. Según sus sondeos, la revista *Annales*, durante la década de los setenta, no había publicado apenas nada de lo que se iba produciendo en historia de las mujeres. Arlette Fargue decía entonces con malicia:

*L'éloignement de la revue par rapport à une effervescence intellectuelle et idéologique est fidèle. À son esprit: les Annales ont toujours privilégié l'innovation méthodologique à l'engagement militant*⁷.

En el mismo artículo indicaba una estrategia de relación con la historiografía, necesaria en su opinión, para producir una historia menos centrada en la elección de los temas específicos, atenta también a formular preguntas nuevas y a las formas de resolver el trabajo, a los problemas continuamente planteados por las fuentes y los métodos:

en mettant à plat, avec un certain souci de distance comme de critique, tous les événements qui ont influé sur les matériaux et les résultats de cette re-

⁷ FARGUE, Arlette, «Pratique et défis de l'histoire des femmes», en PERHOT, Michelle (ed.), *Une histoire des femmes est-elle possible?*, París, 1984, pp. 26-27.

cherche. Il sera peut-etre possible de formuler de nouvelles exigences, d'inventer de nouvelles orientations, de prévenir certaines formes de réponses ou de critiques, et d'obliger l'histoire a se déterminer davantage par rapport à elle, ne serait-ce qu'en transformant parfois la structure même de ses enquêtes 8.

1. La mujer de todos los tiempos

La fuerza con que las «imágenes» prefijadas atraían a los historiadores e historiadoras que se adentraban a estudiar la Historia de las Mujeres ha sido un problema recurrente. A menudo parece que, en este caso más que en otros, los textos que se refieren a las mujeres son opacos y, cuando parecen transparentes, son engañosos. Los tipos y los modelos femeninos han producido, y puede que sigan produciendo aún, impresiones fuertes sobre las que no dudamos y con las que nos conformamos. Por eso a la Historia de las Mujeres le ha sido muy difícil desterrar evidencias y lugares comunes establecidos por las tradiciones intelectuales y no siempre lo ha logrado. Mediante el silencio o la escritura, cuando se ha tratado acerca de las mujeres casi siempre se ha pretendido representar a «la mujer de todos los tiempos», a la mujer cuasi-natural, invariable en sus gestos, en sus problemas y en sus pensamientos. De ello hablaban los documentos que por entonces estaban saliendo a la luz, dando muestras de la locuacidad de médicos, filósofos y moralistas respecto al «ser» de las mujeres. Pero estos textos no sugerían nada inesperado a los historiadores, que, al hacer de ellos una lectura realista, crédula y empática respecto de los puntos de vista de tratadistas y moralistas de todos los tiempos, reforzaban las imágenes conocidas, sin producir dudas ni conflictos 9. Entre las mujeres, la locuacidad de las fuentes masculinas solía tener otra lectura. Igualmente crédula, sólo que esta vez la impresión de ellas enfatizaba la brutalidad, la violencia ¿gra-

8 FARGUE, A., «Pratique et effets...», *op. cit.*, p. 19.

9) Los textos de los hombres de todos los tiempos no son, sin embargo, tan uníformes ni unívocos como a veces se cree. El problema reside en la forma de leerlos, y me terno que en los estudios a los que me refiero se buscaba la conformidad con lo pensado más que cualquier otra cosa. Sobre este tema véase MOHANT, Isabel, «Familia, amor y matrimonio. Un ensayo de historiografía», en *Actas del VII! Coloquio Interdisciplinar de Estudios de la Mujer. Hombres y mujeres en el pensamiento y en la cultura occidental*, Madrid, 1990.

tuita?, la culpa histórica de los hombres de «casi» todos los tiempos y culturas. La exhumación de los mejores y mayores textos misóginos facilitaba la labor del feminismo militante en la búsqueda de lugares de su opresión y en la denuncia del poder masculino. En el otro extremo de las imágenes uniformes, grises y negativas producidas por los textos morales y por la literatura misógina comenzaban a aflorar otros textos que mostraban a mujeres en forma positiva. Eran figuras femeninas idealizadas, los modelos de la literatura cortés de todos los tiempos, que tenían su contrapartida religiosa en los modelos de santidad y heroísmo. Cada período y cada cultura había producido sus imágenes y sus símbolos femeninos. Las mujeres excepcionales sí que habían tenido sus narradores, que, en la mayoría de los casos, eran también sus inventores. Las imágenes parecían hermosas, gustaban y se utilizaban en forma de biografías o de historias de vida cotidiana de reinas, regentes, amantes del rey, «preciosas», señoras en sus salones dieciochescos o en sus castillos medievales, en su versión francesa y laica, a las que habría que añadir monjas y beatas poco ortodoxas en la versión católica española o italiana. Los estudios clásicos rememoraban en forma de narraciones, mayoritariamente hagiográficas, las vidas de estas mujeres tenidas por excepcionales, aquellas que eran consideradas excepciones entre la multitud de las mujeres sin historia¹⁰. Ciertamente, la lectura de estos textos podía producir relatos más amables, imágenes de contraste con las tristes figuras femeninas que poblaban las novelas del siglo XIX o con las descripciones de las miserables mujeres trabajadoras de todos los tiempos. El resultado era desigual y a menudo se quedaba en lo que podríamos llamar una historia «galante» que alegraba, no obstante, al lector, a los corazones masculinos y también a los femeninos, menos resistentes a la estética de las figuras. Era una historia «picante» para una historia, como la usual, que se ocupaba poco de los asuntos sensuales de otros tiempos, de épocas ya muy lejanas. El problema residía en que la Historia de las Mujeres no siempre era inquisitiva respecto de tales imágenes. Los historiadores, a menudo, las dejaban entrar en sus textos, las reproducían en sus escritos de historia, reforzando las impresiones bien conocidas. La historia de las mujeres

¹⁰ Dentro de este género hay trabajos de calidad como el de CHAUSSINAD-NOGARET. Guy, *La vie quotidienne des femmes du roi. J'Agnes Sorel a Marie-Anloinelle*, París, 1990. Igualmente, la obra de DILONC, E., *Femmes au grand siècle*, París, 1984.

era muy frecuentemente la historia que los otros, los hombres, tenían sobre ellas. Pocas veces éstos se interrogaban sobre el porqué de esas figuras, el porqué de los contrastes o sobre los conflictos o aceptaciones que tales imágenes provocaban en las mujeres. Al feminismo, lógicamente, le interesaron esas imágenes. En Francia, por ejemplo, llamaban la atención aquellos textos que definían el siglo XVIII como *le siècle des femmes*, refiriéndose a su papel intelectual en los salones, conocidos como los *paradis des femmes*, muy admirados tanto por los decimonónicos hermanos Goncourt como por los viajeros procedentes de países menos ilustrados. Elisabeth Badinter rindió su pequeño homenaje a los Goncourt al verse positivamente sorprendida por la visión que ellos dieron de las mujeres intelectuales del siglo XVIII. En mi opinión, el texto de los Goncourt es ciertamente hermoso y lo es más que por la realidad de lo que cuenta, de la que podemos dudar, por la patente y positiva imagen que aquellos reservados señores parecían tener de las mujeres ilustradas del siglo XVIII y por la nostalgia que se desprende de su obra ante la desaparición de aquellas mujeres y de aquel gran siglo ¹¹.

Por otro lado, en Italia o en España, países con otras tradiciones culturales, apenas han llegado a «revelarse» imágenes del estilo del de las francesas. Carmen Martín Gaité, en su hermoso libro sobre los usos amorosos del siglo XVIII español, nos muestra una aristocracia femenina de pocos vuelos, pálidos reflejos de aquellas mujeres «en libertad» del país vecino. Anidadas marquesas acompañadas por unos «cortejos» tan insustanciales como ellas. El problema reside, una vez más, en que lo que sabemos de ellas pertenece a la pluma interesada de sus detractores, los moralistas católicos y los reformadores sociales, para quienes la conducta moral y social de aquellas mujeres era absolutamente repudiable. Lo mismo ocurría a los ojos de la intelectualidad de la época, mayoritariamente integrada por hombres bienpensantes, que criticaban en las aristócratas la falta de responsabilidad política de los hombres de su clase ¹². En los países con mayor tradición católica, como el nuestro, las imágenes de mujeres aceptables han tenido que ser buscadas en otro lugar. Es en los contextos religiosos donde han aparecido las santas, las fundadoras religiosas

¹¹ GONCOURT, E. Th. y J. de *La femme au XVIII^e siècle*, París, 1862. Su reedición de 1982 es la que cuenta con el prefacio de E. Badinter.

¹² MARTÍN GAITE, Carmen, *Usos amorosos del siglo XVIII*. Madrid, 1987.

o sus figuras opuestas, representadas por las mujeres heterodoxas, las beatas sospechosas o las mujeres poco contenidas. En los medios campesinos o populares han ido apareciendo las mujeres curanderas, las brujas o las amotinadas por el plan de sus familias, que han dado el contrapunto a una sola imagen, la otra de las imágenes posibles¹³. Es interesante, no obstante, observar la reacción que se produce ante fuentes como éstas entre los historiadores. Unos han hecho lecturas realistas, que enfatizan la libertad y el poder del que disfrutaban aquellas mujeres; otros han despreciado el tema al considerar que hablar de poder, referido a las mujeres, no podía ser sino una falacia o una trampa tendida por los textos o, en todo caso, era hablar de unas pocas mujeres, que, además, pertenecían normalmente a las clases privilegiadas. Los historiadores, en general, consideraban estas historias como poco serias.

Los historiadores de tendencia universalista proponían una integración de las mujeres a los distintos capítulos de la historia si las mujeres eran estudiadas como trabajadoras, como miembros de una familia extensa o nuclear, como partícipes en los movimientos políticos modernos, etc. Con este sistema se demostraba que las mujeres habían trabajado, gobernado o escrito como los hombres. Matizando que «como los hombres, pero menos», puesto que había pocos datos sobre ellas si se trataba de economía, de política o de desarrollos sociales. Para compensar esta deficiencia se decía que a la noción de producción o de participación política se podía añadir algunas otras variantes como las de reproducción o la de participación social. La complementariedad de esta dualidad podría explicar mejor a las mujeres. Se pasaba por alto que este dualismo se daba ya previamente por sentado¹⁴. La historia así contada, se comprobaba enseguida, era poca historia y de triste presencia. En aquella historia de larga duración, que se interesaba por el paso del tiempo y por los cambios en los sistemas, apenas si se detectaban transformaciones en referencia a las mujeres y, cuando parecía haberlas, éstas tenían un sentido negativo. Así, por ejemplo, se tenía la impresión de que la revolución

¹³ Véase EHRENREICH, B. y ENGLISH, D, *Brujas, comadronas y enfermeras. Historia de las sanadoras*, Barcelona. 1973.

¹⁴ Pueden seguirse estos debates en NASH, Mary (ed.). *Presencia y protagonismo. Aspectos de la Historia de la Mujer*. Barcelona. 1984. especialmente en la contribución de SCOTT, Joan W., y TILLY, L. A., «El trabajo de la mujer y la familia durante el siglo XIX». pp. 51-90.

industrial las había dejado sin sus cometidos en la economía agraria y familiar del Antiguo Régimen. La desaparición de la cultura popular había puesto en manos de los médicos y de los sacerdotes parte de los atributos, de los «poderes y saberes» que en las sociedades tradicionales tenían encomendadas las mujeres ¹⁵.

La historia social de orientación antropológica o la historia de la vida privada en sus variantes más descriptivas, por su parte, parecían acoger mejor y dar más posibilidades a la Historia de las Mujeres en la medida en que sus espacios temáticos estaban abiertos al estudio de las relaciones sociales y familiares, allí donde se consideraba que discurría la historia de las mujeres. La influencia de estos trabajos de orientación antropológica reevaluaba la importancia del tema de lo masculino y de lo femenino. De esta forma se descubrían otros temas como el del espacio público y privado o el del poder doméstico, social y el poder público. Permitían aflojar, además, las rigideces interpretativas con que se había abordado el tema de las relaciones entre los hombres y las mujeres. Martine Segalen indicaba cómo se rompía el discurso estereotipado de los folkloristas que «de un extremo a otro de Francia contempla mujeres sometidas, relegadas a tareas secundarias» ¹⁶. En su estudio de la sociedad rural del siglo XIX se señala el modo en que la autoridad masculina y los poderes femeninos se convierten en dos vectores que estructuran a la vez la vida sexual, el trabajo, el espacio, las relaciones de la pareja con la comunidad, en que ambas connotaciones, autoridad masculina y poderes femeninos, se inscriben en los rituales y en las representaciones de la comunidad campesina estudiada. La Historia de las Mujeres de orientación femenina se implicaba de un modo u otro en esta historia y sus imágenes. Se interesaba por la historia social y por la antropología, que ponían al descubierto los espacios femeninos, los modos de vida particulares de las mujeres, las prácticas culturales que les pertenecían a ellas y no a los hombres. Contaba en ello el interés político y existencial por revalorizar lo que había pertenecido y pertene-

¹⁵ Véanse, para una defensa de estas tesis, los artículos de SEGALEN, Martine, «Poderes y saberes femeninos en el siglo XIX», y de MUCHEMBLEND, Robert, «La mujer campesina en la región del Norte (XVII y XVIII)», ambos en *Debats*, núm. 7, 1984, pp. 68-71 y 64-67, respectivamente. También puede verse la crítica de los mismos realizada por MORANT, Isabel, «Cultura y poder de las mujeres en las sociedades del Antiguo Régimen», en *Actas del V Coloquio Interdisciplinar de Estudios de la Mujer*, Madrid, 1988.

¹⁶ SEGALEN, Martine, «Poderes y saberes...», *op. cit.*, p. 69.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

